



LA TRANSFIGURACION DEL SEÑOR

COMISION NACIONAL DE LITURGIA, CONALIH

ENCUENTRO DEL 25 Y 26 DE MARZO 2019

TEOLOGIA Y ESPIRITUALIDAD CUARESMAL EN EL CICLO C

EL CAMINO DEL ÉXODO EN EL DESIERTO CUARESMAL

Teología y espiritualidad de la Cuaresma en el ciclo C

JESÚS CASTELLANO

El anuncio de la celebración litúrgica de Cuaresma pone en pie a toda la Iglesia y la dispone a caminar con gozo hacia la celebración de la Pascua del Señor. Secretamente atraída por la luz que irradia desde lejos la vigilia pascual, la comunidad cristiana entra en una especie de éxodo cuaresmal. De esta forma la Iglesia sigue los pasos de Cristo, cuyo camino hacia la Pascua está también iluminado por el éxodo pascual y la luz que viene desde la otra ladera del futuro triunfo en la gloria del Padre. Lo dice muy bien el prefacio quinto de Cuaresma que lleva como título: *El camino del Éxodo en el desierto cuaresmal*.

"En verdad es justo bendecir tu nombre,
Padre, rico en misericordia,
ahora que en nuestro itinerario hacia la luz pascual
seguimos los pasos de Cristo,
maestro y modelo de la humanidad
reconciliada en el amor"

Con su doble comienzo, el de miércoles de ceniza y el del domingo primero de Cuaresma, el más antiguo en realidad, la comunidad cristiana recibe una llamada a recorrer un camino, a hacer una peregrinación, a vivir un éxodo de conversión, con la fuerza de su vocación bautismal, con un toque apostólico y misionero, dentro y fuera de la comunidad.¹

En el miércoles de ceniza resuena esa convocatoria en el anuncio profético de Joel (2, 12-18); es una llamada universal a la conversión de la que nadie queda excluido. Ancianos y jóvenes, niños de pecho, hombres y mujeres reciben el anuncio de una convocación popular para un camino de conversión.

¹ Acerca del tiempo de Cuaresma, con su historia y su teología, remito a mi libro: *El Año litúrgico. Memorial de Cristo y mistagogía de la Iglesia*, Barcelona, CLP, 1996, 2ª edición, pp. 123-152.

En el evangelio de Mateo (6, 1-6. 16-18), resuenan las palabras del sermón de la montaña, con la selección de esas exhortaciones que poco a poco han ido dando sentido a las opciones de la santa Cuaresma de conversión, según la tradición que ha hecho tesoro de las palabras del Señor. Recordamos, de hecho, la limosna de la caridad: "Cuando das limosna"; se nos exhorta a la oración solitaria: "Cuando oréis..."; se nos recomienda un ayuno discreto y gozoso: "Cuando ayunéis...". Con una nota común: vivir todas estas actitudes de cara al Padre celestial.

El signo de la ceniza, acompañado con las palabras renovadas de la liturgia postconciliar: "Convertíos y creed en el Evangelio" (Me 1,15) es una invitación a la conversión y a creer en el Evangelio.

El nuevo y reiterado principio de Cuaresma con el primer domingo, con la "statio", como signo de vigilancia y de peregrinación, con la invocación procesional de las letanías de los Santos, es signo elocuente de ese camino de la Iglesia.² Allí donde hay catecúmenos que se preparan para el bautismo, con la elección de los que serán bautizados en la Vigilia pascual, se celebra también una solemne convocación, con una invitación a emprender juntos el camino hacia la Pascua.

Con Jesús, y como él, la Iglesia entra en el desierto cuaresmal, una de las grandes páginas que la historia de la salvación que se reviven en este tiempo. Todos los años, con el episodio y misterio de la presencia de Jesús en el desierto de la tentación, y en el año C con la lectura del texto de Lc 4,1-13, que nos habla del Espíritu que empuja a Jesús al desierto, donde se le somete a una triple tentación.

Es este el contexto litúrgico que caracteriza el año C, especialmente con la conexión entre las primeras lecturas de cada uno de los domingos, que hablan de la confesión de la fe del pueblo de Israel y con la acentuación propia de los evangelios de los tres últimos domingos que se refieren a la conversión: la llamada general a la conversión para alcanzar la salvación (Lc 13,1-9), la parábola del hijo pródigo (Lc 15, 1-3. 11-32), el perdón de la adúltera (Jn 8,1-11).

Con este panorama litúrgico como telón de fondo, vamos a recordar algunos aspectos de la liturgia cuaresmal que tienen una fuerte conexión con el tema del desierto, del éxodo y de la conversión, con una referencia a la misión eclesial, que es también componente de la experiencia comunitaria de este tiempo, con el camino de los elegidos hacia el bautismo y el testimonio ante el mundo de la primacía de Dios en este tiempo de gracia.

² En la nueva edición del Misal Romano hay una amplia nota al principio de Cuaresma acerca de la "statio" cuaresmal: *Missale Romanum*, Editio tertia tedia, 2000, p.196.

ÉXODO Y CONVERSIÓN A CRISTO

"Convertíos y creed en el Evangelio". Es la palabra de orden del tiempo de Cuaresma. Pero con una acentuación típicamente evangélica y cristiana. Conversión como una mirada hacia el verdadero centro de la vida que es el rostro de Cristo, para escuchar su Palabra. Mirar para acoger una mirada que invita a la conversión y al seguimiento. Es dejarse interpelar por Cristo, de quien Lucas dice que "*faciem suam firmavit*" ("ton prósopon intererisen"), "endureció su rostro" para ir a Jerusalén, con el tono de una decisión seria e irrevocable. O tener la osadía de mirar y dejarse mirar por uno de esos iconos del Cristo Juez del Apocalipsis, a la vez serio y misericordioso.

Así adquiere fuerza mística la conversión como algo que nos llega desde fuera de nosotros, nos interpela desde el misterio de Cristo, con su palabra y su mirada. Delante de los ojos de la Iglesia entera se hace visible el rostro del Esposo que interpela e invita, con toda su majestad, a creer en el Evangelio, ya que es Cristo el Evangelio del Padre. Este icono de Cristo nos presenta y visualiza el Cristo con que se nos revela como aquel que es: Yo soy. Precisamente en esta dimensión cristológica de la Cuaresma en la que Cristo es el modelo, el maestro y el protagonista, cada cristiano, al recorrer el camino de fe de su iniciación bautismal, se realiza la confesión de la fe en ese *Tú eres* que responde a la palabra de la revelación: *Yo soy*.

Una necesaria actitud personal y comunitaria, convergencia de miradas hacia Cristo, es el camino de la vida cristiana, cuando la confesión de fe es una conversión total a una persona. Ante la mirada de Cristo caen todas las máscaras, se revelan los pensamientos ocultos, ya que sólo él sabe lo que hay en cada persona humana.

Los escrutinios del tiempo de Cuaresma, según el *Ritual de la iniciación cristiana de adultos*, que colocan al elegido para el bautismo ante la palabra de vida, son también la cabal expresión de una conversión personalizada. En cada uno de los escrutinios la Iglesia presenta a Cristo; en cada uno de ellos conduce al elegido ante su persona para ser "escrutada" por su mirada humano-divina que es también mirada salvadora, como fueron escrutados y salvados la samaritana, el ciego de nacimiento y Lázaro.

El camino cuaresmal es ese mirar a Cristo y dejarse mirar por él, para recibir de su mirada amorosa el don y la gracia de una conversión profunda, teologal, fruto de la gracia, según la expresión del profeta, que tiene el sello de la gratuidad en las Lamentaciones de Jeremías: "conviértenos, Señor, y nos convertiremos" (Lam 5,21).

Éxodo es también el camino de la Iglesia en Cuaresma, como memoria y memorial de los cuarenta días de Jesús pasados en el desierto, imitando la experiencia de Israel, bajo el signo del número cuarenta: los cuarenta años de su vagar por el desierto, desde la salida de Egipto al ingreso en la tierra prometida, y los cuarenta días de Moisés en el Sinaí, lugar de la revelación y de la alianza. Ahora es la Iglesia la que se pone en camino de éxodo, cada año, impulsada por el Espíritu de Jesús, y se retira en el desierto, guiada por un nuevo Moisés que es Cristo, también en estado de éxodo hacia el Padre. Cuaresma es la celebración memorial del camino de Jesús hacia el Padre, como ahora es el camino de la Iglesia con Cristo hacia el Padre.

Para saber cuál es la enjundia de este tiempo conviene comprender hasta el fondo lo que este éxodo significa dentro del contexto profético y de la experiencia de la Iglesia. De esta forma la Iglesia vive esta dimensión esencial de su historia sagrada, de su vocación bautismal y de una tradición espiritual de santidad que todavía hoy algunos fieles hacen presente de continuo en la iglesia con la vocación a vivir la dimensión del desierto.

Tres palabras densas y esenciales, cargadas de mistagogía litúrgica y espiritual nos lo van a recordar: el desierto como lugar de la tentación, de la revelación y de la alianza.³

EL DESIERTO LUGAR DE LA TENTACIÓN

¿Qué es el desierto cuaresmal? Si revivimos la experiencia del pueblo elegido, el desierto, que en un primer momento aparecía a los ojos de los israelitas, recién liberados del yugo del Faraón, un lugar de libertad, se transforma en un espacio y en una ocasión de tentación: Massá y Meribá son dos lugares que nos hablan con elocuencia de la revolución del pueblo contra su Dios y su mediador Moisés (Ex 17, 7). Massá es la prueba; Meribá, la protesta. Los israelitas han visto prodigios, pero no han sabido perseverar en el camino de la prueba; es más, han experimentado la nostalgia de la esclavitud de Egipto, prontos a volver atrás con tal de vender su libertad por el mezquino gusto de saborear los puerros, cebollas y ajos de Egipto, en las orillas del Nilo (cf. Ex 16, 2-3).

Paradoja de la humanidad y lección perenne dentro del camino del cristiano, que en su naturaleza puede experimentar esas contradicciones de vender la libertad por gustos y sabores de esclavitud. Y lección del tiempo de Cuaresma, como paradigma del camino de la vida espiritual, cuando no se sabe reaccionar con generosidad ante las pruebas de Dios. Los cristianos corremos el riesgo de ser gente de Massá y Meribá, murmuradores contra Moisés y su Dios, cuando las cosas no proceden según nuestros gustos; personas incapaces de soportar la prueba de Dios que es, en definitiva, un discernimiento de la solidez de la adhesión a él y a sus planes salvadores.

Toda la espiritualidad de Cuaresma está impregnada del modelo del éxodo de Jesús en los cuarenta días del desierto. Con él se vuelve al tiempo del desierto. Él mismo hace la experiencia del desierto y de sus pruebas en la oración y en la tentación. También en este caso estamos ante una paradoja.

³En el Oficio de lectura de este tiempo con el jueves después de las cenizas empieza la lectura del libro del Éxodo, que se completa con otros pasos del libro del Levítico y de los Números, hasta el quinto domingo de Cuaresma cuando empieza la lectura de la Carta a los Hebreos, que nos introduce más de cerca en el misterio pascual de Cristo.

La lectura del Evangelio de las tentaciones, según san Lucas, puesta como clave de comprensión del camino a recorrer en el primer domingo de Cuaresma en el ciclo C, es de la máxima importancia pedagógica y espiritual.

Jesús, arrastrado por el Espíritu que sobre él ha descendido como paloma en el Jordán, se retira al desierto, por donde lo "va llevando el Espíritu". Es el lugar donde es sometido a la tentación del demonio. Se retira para ayunar y para orar, pero también lo alcanza la tentación del diablo. Un desierto de cuarenta días en el que, al final, es tentado por el diablo. Es la prueba, esta vez superada. Un lugar de Massá pero sin la protesta de Meribá.

Se trata de un desierto donde no sólo Jesús es tentado tres veces y vence, sino donde se afirma que el diablo agotó todas las posibles series de tentaciones (Le 4,13). Jesús ha sido sometido a la prueba, como recuerda también con realismo la teología de la Carta a los Hebreos (Hb 4, 15), donde se habla de prueba-tentación. Probado en todo, pero sin que sucumba a la tentación. Es más, nos ayuda a superar las tentaciones, con la misma fuerza con la que él lucha y vence. Cristo vence y nos ofrece no sólo el ejemplo externo de la posibilidad de la victoria, con la fuerza de la fidelidad a la palabra, sino también con el don de la gracia para vencer. Esas tentaciones nos dicen que estamos siempre en peligro, con la fragilidad innata de la naturaleza humana.

Incluso en las tentaciones de Cristo se pueden vislumbrar las dimensiones antropológicas profundas de la tentación, en la triple esfera del egoísmo: la satisfacción de los sentidos, como en el caso del comer; la tentación del poseer los bienes y las riquezas; el dominio sobre los demás, la imposición sobre los otros, como afirmación del propio orgullo. Las tentaciones del cristiano son siempre de este género y ninguno se tiene que considerar tan fuerte como para poder evitar sucumbir ante la tentación del maligno. El ayuno, la limosna, la oración, que nos confrontan con nuestra sensualidad, con la relación ante los demás, y con nuestra referencia a Dios, como único Señor, pueden ser como medicina para estas enfermedades o "pneumopatologías" del cristiano, tentado continuamente, necesitado de medicina espiritual y de "pneumoterapia" o curación por medio del Espíritu.

Una observación se impone. La Iglesia ha tenido siempre nostalgia del desierto para vivir como Jesús. Desde el principio de la vida de la Iglesia ha habido, y los hay también hoy, hombres y mujeres, que realizan y actualizan el carisma de la vida en el desierto, con vocación y estilo de vida de ermitaños y ermitañas.

Y sin embargo, el desierto no es la tranquilidad que muchos sueñan. Del desierto como lugar de la tentación saben algo aquellos cristianos de los primeros siglos que quisieron romper los vínculos con el peligro de las ciudades pecaminosas que se erguían como otras Babilonias, en los tardíos siglos del imperio, cuando se hacía viva una presencia de Iglesia que de perseguida se cambiaba en protegida y privilegiada. Por eso, para contrastar una Iglesia tibia y débil, infiel a los fervores primitivos de las primeras generaciones de mártires y testigos, perezosa en el seguimiento de Cristo, muchos se retiraban al desierto. Y sin embargo en el desierto estos hombres y mujeres han encontrado más diablos y tentaciones que la ciudad y han sido de nuevo tentados, dando sentido

a la prueba, allí donde buscaban reposo y tranquilidad para dedicarse a la "hesychia", la tranquilidad de la oración y del silencio.

El camino del desierto es necesario, pero resulta peligroso. Es parábola del camino perseverante de la tentación. Como puede serlo también la Cuaresma. En el silencio cuaresmal, así como se puede y se debe escuchar la voz de Dios que invita a la conversión, pueden desatarse también las tentaciones, que surgen de lo más profundo del propio ser y del propio subconsciente, como zonas que todavía ni están purificadas ni convertidas. Se pueden despertar los deseos, desencadenar las pasiones. Pueden surgir los espejismos y las visiones ilusorias, típica tentación de todos los desiertos. En el desierto de la Cuaresma hay que saber de antemano que puede surgir la tentación y tiene que prevalecer la victoria de la gracia, sin que nadie se espante por el retomo del tentador, ni nadie se escandalice por la posible presencia de la prueba de Dios, que escruta y somete a la tentación a sus elegidos para que vivan la verdad de su propia existencia.

EL DESIERTO COMO LUGAR DEL COMBATE ESPIRITUAL

La Iglesia nos convoca a vivir la Santa Cuaresma a través de esas típicas exhortaciones de Pablo al combate espiritual con las armas espirituales del cristiano. Así lo indican algunas palabras claves de la liturgia diseminadas por las antífonas, oraciones, himnos y preces de este tiempo. Como aparece ya en la primera oración del miércoles de ceniza, que habla de "praesidia militiae christianae", las armas de la milicia cristiana, y de "pugna", lucha. Es también tiempo de ascesis, de purificación y de iluminación, según la gran tradición eclesial, actualizada por el Ritual de la iniciación cristiana de adultos.

La pedagogía de la Iglesia pone en guardia a sus hijos para que sepan superar las posibles tentaciones que surgen precisamente en el camino de la conversión y en los mejores propósitos de cambio, incluso allí donde abunda la sinceridad de mantener la propia tensión hacia Dios, en la fiel escucha y meditación de su Palabra y el atento discernimiento de la manifestación de su voluntad.

Permanece siempre viva la convicción de la necesidad del combate espiritual que se hace más difícil y arduo, no ya en la situación de pecado, cuando ya no se lucha, sino que se sucumbe y muchos se dan por vencidos. Es más difícil el combate cuando ya ha mediado el propósito de la conversión, pero donde hay que mantener una "determinada determinación" para seguir luchando y poder vencer. Suele acaecer que la Cuaresma se comienza con entusiasmo y se deja aflojar poco a poco la tensión para volver a la normalidad, sin escuchar la rica serie de sollicitaciones que nos llegan de la liturgia cuaresmal de cada día. Pero suele ser también propio de la Cuaresma que en medio de los mejores propósitos surjan de nuevo las tentaciones, aumente la conciencia y experiencia de la fragilidad, con el peligro de ceder a la tentación y ser vencidos.

Hay elementos rituales del tiempo de Cuaresma que nos ayudan a percibir la gracia de este tiempo en perenne tensión de lucha. Para los que se preparan a recibir el bautismo, como hemos

recordado, pero también para quien revive el propio camino bautismal, es tiempo de la purificación y de la iluminación: tiempo de lucha, de conversión, de superación, de ascesis, con la ayuda de la oración y de los exorcismos. La Iglesia ora por los que están en camino, y hace sobre ellos oraciones y gestos de exorcismo, para que sean liberados del mal y del maligno. Así puede el cristiano afrontar las tentaciones y superar todas las rémoras que pudieran entorpecer su camino bautismal.

Es importante, por ejemplo, para una mistagogía de este camino, el significado de la unción de los catecúmenos, antes del bautismo, así como las oraciones de exorcismos, o la confrontación con Cristo en los escrutinios. Son ayudas para un camino de ascesis pre-bautismal y post-bautismal, de carácter personal y eclesial, para que cada uno desde su propia libertad pueda responder a Dios en una fidelidad constante a las tentaciones del enemigo y a las pruebas del Dios amigo.

Esta es la verdad de una Cuaresma donde el Señor nos convoca a escuchar su Palabra, donde las oraciones de la Iglesia subrayan constantemente la antropología de la fragilidad humana, de su necesaria curación, de la constante ayuda de la gracia y de la acción del Espíritu, maestro interior y "pedagogo" que conduce al desierto y guía en el camino cuaresmal, para poder llegar a la novedad de vida pascual y experimentarla en la realidad de la Iglesia.

Cabe recordar aquí el ejercicio del combate espiritual en la mejor tradición cristiana de la revelación, tal como la propone Pablo con las imágenes de los atletas y de los soldados que luchan con las armas espirituales. El cristiano en Cuaresma se "ejercita" en esa dimensión de su vocación que la unción prebautismal le recuerda, para que comprenda que en todo su camino espiritual tiene que aprender a luchar y a vencer. Las palabras de la unción no subrayan tanto la dimensión del pecado que hay que perdonar, como en la unción prebautismal de los niños, sino "la fortaleza... para el conocimiento de las realidades divinas y la valentía en el combate de la fe".⁴

El programa ascético de Pablo se expresa con diversos nombres, ejercicios, símbolos y metáforas. Habla de la lucha cristiana, enraizada en la vigilancia evangélica, de la solidez de la fe, de la fortaleza ante las adversidades, de la paciencia y perseverancia constante y dinámica. Es característico del ambiente griego, en el que vive y predica el Apóstol, el ideal de una ascesis cristiana que transfigura los modelos deportivos del entrenamiento para competir y vencer, de los esfuerzos de la gimnasia para alcanzar fuerza y belleza en el cuerpo, y del pugilato de las carreras en el estadio. Pero son propias de Pablo otras metáforas militares que bien expresan la guerra contra el enemigo, el mundo y también el propio egoísmo. El cristiano debe estar bien equipado para la batalla, como un soldado de aquellos tiempos, pero todo con un lenguaje de simbología y de experiencia espiritual: armado con la armadura de Dios, protegido con la coraza de la caridad y el yelmo de la esperanza, con las sandalias del Evangelio de la paz, con el escudo de la fe para defenderse de los dardos encendidos del enemigo y con la espada del Espíritu que es la Palabra de Dios.

⁴ Ritual de la iniciación cristiana de adultos, pp. 100-1001.

Para el cristiano de hoy, la Cuaresma no exige como necesario el retirarse a un desierto. Es ya un desierto de Dios el mundo, donde el discípulo de Cristo vive en medio de la increencia y la secularización y tiene la experiencia de la necesidad de una lucha continua, sin tener que buscarla. Quizá no tiene tampoco necesidad de buscar nuevas formas de ascesis añadidas, sino que le basta acoger y aplicar las que son más connaturales y eficaces para mantener en vilo su fe y su amor en la complejidad de la vida moderna.

Cualquier cristiano de hoy está sometido a la ascesis de la vida cotidiana, a las pruebas de la fe, al ejercicio de la paciencia en las mil ocasiones que supone la vida colectiva, a la continua solicitud que la atención al prójimo le pide para una ascesis de la caridad y de la comunión. La Palabra de Dios que la Iglesia proclama y la conciencia del vivir de cara a Dios con que la oración continuamente nos fortalece, le ayudan a vivir como ascesis y purificación una fe probada por la incredulidad que lo rodea, una esperanza pulida ante lo inmediato y efímero de lo que le ofrece el mundo, una caridad constantemente renovada para ver en cada prójimo un hermano y servirlo con amor.

EL DESIERTO LUGAR DE LA REVELACIÓN

El desierto de Cuaresma en el que vivimos nuestro éxodo es también lugar de la revelación. Es el modelo del desierto, que florece en gracia y fidelidad y en revelación del Padre y del mesianismo de Jesús; él nos ayuda con su ejemplo a luchar y a vencer como él mismo lo ha hecho, recurriendo a la Palabra de Dios, reveladora de la verdad. Cuaresma es tiempo de la palabra. Palabra como espada para combatir y vencer; alimento para el hambre del ayuno; tesoro en la tentación de obtener otras riquezas; conciencia de nuestra dignidad y de la primacía de Dios ante cualquier tentación de someternos al maligno.

En la estupenda pedagogía de Cuaresma, que une el desierto de las tentaciones con el Tabor de la gloria de Jesús, tenemos como otra visión mistagógica de este tiempo. El Tabor es más que el Sinaí de Moisés, pero es también un Sinaí en el camino del desierto del cristiano. Por eso, tenemos entre los testigos de la transfiguración dos hombres del monte Horeb: Moisés y Elías. El Padre revela la gloria del Hijo, anticipa su glorificación y nos invita, al revelarlo como Hijo amadísimo, a escucharlo a él y a escuchar sus palabras para entrar, como los discípulos, en el misterio de luz de la Transfiguración gloriosa, anticipación del triunfo pascual que celebramos todos los años en el segundo domingo de Cuaresma. Por eso es conveniente recordar esta otra faceta del tiempo cuaresmal como camino de Éxodo.

Cuaresma es también el desierto donde Dios habla al corazón y se revela a sus fieles. Es tiempo de una lectura más asidua de la Palabra para una escucha más atenta de la voz de Dios que se revela; es la forma concreta de caminar en el Espíritu y de vivir el dinamismo positivo de la conversión, pendientes del rostro y de la palabra de Cristo. La fórmula de la imposición de las cenizas une muy bien el sentido de la conversión con la lógica acogida de la buena noticia del Evangelio que es

Cristo mismo, la adhesión a él. Creer en el Evangelio es acogerlo con amor, dejarlo resonar en el corazón, prestar obediencia de amor a Cristo Maestro y así cambiar mentalidad y vida.

Modelo de este éxodo de revelación es Moisés, que habla con Dios en el desierto como un amigo habla con otro amigo. No obstante la trascendencia del encuentro teofánico, Dios se le revela en la amistad y en la condescendencia. Y más que Moisés, modelo del éxodo de la revelación es Jesús en el monte Tabor.

Hay siempre necesidad de un Horeb en el camino del desierto, un lugar para escuchar a Dios y hacer alianza con él. Como es necesario en medio del camino del desierto, imagen arquetípica del itinerario de la perfección cristiana, del que la Cuaresma es como un paradigma, que haya algún monte Tabor donde la lucha se transforme en gloria, la tentación se haga consolación, contemplación que ilumina la fe, fortaleza, ánimo para caminar todavía hacia otras metas pascales. Tras el desierto de las tentaciones se necesita un monte de la contemplación donde el Señor invita a subir con él, como hizo con los discípulos predilectos, para recibir un reflejo de la luz tabórica de la contemplación.

Cuaresma no es sólo tiempo de purificación sino también de iluminación, para que el catecúmeno, o iluminando, vaya adentrándose en el camino de la comprensión de los misterios y del conocimiento vivo de Cristo y de la contemplación de su rostro. Purificación e iluminación son como el binomio de la lucha y de la contemplación. La lucha se declina con la contemplación, como el desierto con el Tabor; como la palabra que es espada con la que se lucha y antorcha que ilumina. El cristiano, tentado como Jesús, puede recurrir a la espada de la Palabra. Pero tiene necesidad de subir a la montaña de la oración, como Jesús, entrar en comunión con el Padre, sentir la fuerza que viene de lo alto, recibir la confirmación de las promesas en la voz del Padre y experimentar la unción consoladora del Espíritu, para poder caminar todavía hasta consumir su éxodo pascual.

Se trata de luchar y vencer como los mártires, como el diácono Esteban con los ojos fijos en Cristo. Con el corazón abierto a la luz de la palabra se puede caminar en el desierto de la vida, con los ojos fijos en el Señor, atraídos por la luz de la Pascua y la promesa de la victoria. Sería difícil luchar si de vez en cuando el cristiano no percibiera un poco de la luz del Tabor y de la consolación y fortaleza del Espíritu. También para Jesús ha sido necesaria la experiencia de la transfiguración, tras la tentación del desierto y antes incluso de la suprema lucha de la pasión. Como también parece que es ley de vida que no se puede gozar de la contemplación de Dios, sin haber luchado y vencido las tentaciones del maligno.

De nuevo las dos expresiones que definen la Cuaresma en el Ritual de la iniciación cristiana de adultos "tiempo de la purificación y de la iluminación", presentan su realidad litúrgica anual, como propuesta global para el camino cristiano; son paradigma del itinerario espiritual de la santidad cristiana, como el claroscuro de la vida evangélica, con sus noches oscuras y sus jornadas luminosas. Es la peregrinación de la Iglesia entre las persecuciones del mundo y las consolaciones de Dios (cf. LG 8). En la penumbra de la noche, ya se entreven los fulgores de la aurora.

Cuaresma, desde esta perspectiva de la luz, es una invitación a escuchar más a Dios, escuchando su Palabra. Es invitación al discernimiento de su voluntad y de su acción en el corazón del cristiano. Es también conciencia de una ascesis que no es puro voluntarismo de lucha generosa, de ascesis programada y de calculado ejercicio de buenos propósitos. No somos nosotros los que nos purificamos, nos purifica Dios. Por eso es necesario el discernimiento, representado por la mistagogía de los escrutinios prebautismales. Es la Iglesia la que acompaña con su oración ascendente y con la gracia que obtiene en este camino para guiar al cristiano por los senderos de la verdad.

La Cuaresma de revelación es tiempo en el que percibe la acción de Dios que ilumina pero a la vez comunica a sí mismo, y al comunicarse salva, es decir purifica desde dentro: revela, desvela, cambia, renueva. Por eso el lenguaje de la liturgia en Cuaresma es lenguaje que invita a la renovación, a la novedad de vida, y a la humilde experiencia de la necesidad de la gracia de Dios en nuestra vida, de la primacía de la gracia por encima de los esfuerzos y de los méritos.

De esta ideal oración cuaresmal se abre con los ojos más limpios para contemplar el mundo con la mirada de Dios, tener un corazón compasivo y esperanzado, compartir los gozos y las alegrías, el llanto y los sufrimientos que son fruto del pecado del mundo. Por eso la Iglesia, sobre todo en las preces de la liturgia de las horas, intensifica su oración por la conversión de todos, porque para todos quiere la verdadera felicidad de la salvación.

La contemplación que nace de las tentaciones y pruebas superadas ayuda a cultivar en el corazón el deseo de una conversión totalitaria de todos y de una victoria definitiva para que este mundo sea el reino de Dios. El cristiano no sólo vive una aventura personal o eclesial, vive la Cuaresma con la mirada en este mundo que tiene que convertirse y creer en el Evangelio; siente la llamada a colaborar contra toda injusticia, a ser solidario con toda miseria, a ser testigo del Dios vivo en el desierto de este mundo. Y también aprende a saborear el don que significa experimentar que ha sido gratuitamente llamado a un camino de salvación e invitado a ser colaborador de Dios en la salvación del mundo.

EL DESIERTO LUGAR DE LA ALIANZA

El desierto es también el lugar de la alianza, del amor fiel de Dios manifestado en su perdón, su salvación y sus promesas. Describe muy bien e ilustra con acentos novedosos el sentido de la Cuaresma, el prefacio quinto de Misal Romano para este tiempo:

"Tu abres a la Iglesia el camino de un nuevo éxodo
a través del desierto cuaresmal,
para que llegados a la montaña santa,
con el corazón contrito y humillado,
reavivemos nuestra vocación de pueblo de la alianza
convocado para bendecir tu nombre, escuchar tu Palabra,
y experimentar con gozo tus maravillas".

Cuaresma es un camino nuevo de éxodo. Dios abre constantemente este sendero, itinerario necesario del pueblo cristiano que vive la historia espiritual de Israel. Es una etapa necesaria en la vida espiritual del cristiano, como lo es del catecúmeno en la iniciación bautismal. Lo hace cada año para todos en el tiempo de Cuaresma. Un tiempo definido en el prefacio, como vamos comentando, éxodo y desierto cuaresmal. Un camino que lleva hacia la santa montaña de la revelación y de la alianza. La lucha, la revelación y el perdón constante llevan al pueblo a experimentar la presencia de Dios y su acción salvadora que perfecciona y profundiza el gesto de la liberación de Egipto. Es la alianza de la ley, un pacto de fidelidad mutua, de cercanía recíproca, de un Dios que quiere ser Dios del pueblo y de un pueblo que quiere ser fiel a su Dios. Un pacto donde Dios, sólo Dios, permanece fiel.

La Iglesia en Cuaresma camina en el desierto, se deja tentar y probar por Dios, pero sigue un itinerario que va hacia el momento de la alianza con su Señor, para cumplir su ley y ser en el mundo testimonio vivo de un Dios que ha hecho alianza con toda la humanidad en Cristo. Un Dios que pide también la fidelidad recíproca de la obediencia a sus preceptos para que se establezca su reino. Dios ha hecho y hace alianza con una Iglesia que quiere ser pueblo de la alianza, para comunicar esta alianza a todos los pueblos.

Alianza, pacto de Dios, pacto con Dios. Dios busca siempre libres aliados de su Reino, colaboradores de su voluntad salvadora. La alianza del Sinaí ha sido ratificada, superada, ampliada por la nueva alianza en Cristo. Ahora tenemos nosotros la ley en el corazón con las primicias del Espíritu. Vivir en esta perspectiva de alianza la Cuaresma es abrirnos a la gracia del Espíritu Santo, pedagogo y mistagogo del camino cristiano, para mantener la fidelidad, escuchando su voz sin endurecer el corazón. El prefacio nos invita a vivir la alianza cuaresmal desde la humildad del corazón contrito y humillado del arrepentimiento y de la conversión, desde la conciencia de lo que somos hoy en la realidad de la nueva alianza en Cristo Jesús. Y con la triple dimensión espiritual, propia del tiempo de Cuaresma: bendecir el nombre del Señor con la oración y la liturgia de la Iglesia, atención constante a la Palabra proclamada, orada y contemplada, constante estupor de la experiencia de las maravillas de Dios en nuestra vida.

La Cuaresma cristiana nos invita a entrar en este desierto y recorrer este itinerario: de éxodo de nosotros hacia Dios, con la oración; de éxodo de las cosas superfluas de nuestro egoísmo, para ir hacia el prójimo con la limosna y el amor; de éxodo de nuestro corazón hacia Dios, con la reconversión de nuestras energías al servicio del Reino de Dios, una actitud que tiene en el ayuno el simbolismo de la sobriedad y de la libertad de toda esclavitud para un servicio libre y generoso.

No debemos hacer otra alianza, sino confirmar la nueva y definitiva que Dios ha hecho con nosotros en Cristo con el don de su Espíritu, realizada en el bautismo y confirmación, renovada cada día en la Eucaristía. Tenemos más bien que ser fieles a la doble dimensión de la alianza que se actualiza con las renunciaciones y las promesas del bautismo: negación del mal y afirmación del bien, renuncia a Satanás y adhesión a Cristo.

Por eso el camino de Cuaresma requiere una vigilancia especial en este tiempo, que prepara la solemne renovación de la alianza bautismal en la vigilia pascual, con la negación del pecado y la

adhesión a Dios. Por eso, como se dice en el prefacio, Dios nos convoca para bendecir su nombre con la conciencia de ser pueblo de la alianza. De aquí la importancia de vivir en el gozo de la acción de gracias, en la escucha de la Palabra, para hacer alianza con la voluntad de Dios y para ser conscientes de lo que Dios ha hecho y hará con nosotros. Es la llamada a vivir esa experiencia gozosa de sus maravillas. La Cuaresma es un desierto en el que Dios convoca a la Iglesia a una experiencia de su presencia y de su gracia, que lleva a la novedad de Pascua.

UN DESIERTO PARA LA MISIÓN

El tiempo de Cuaresma ya tiene en su misma dimensión litúrgica una necesaria consecuencia apostólica y misionera. Por una parte, ella se realiza una fuerte dialéctica misionera dentro de la comunidad cristiana que es invitada a escuchar la Palabra con mayor asiduidad y atención; por otra parte, cuando existen catecúmenos que tienen que ser bautizados, la Iglesia se pide a la comunidad un acompañamiento y un testimonio especial. Los mismos catecúmenos a su vez dan ejemplo y testimonio de la fuerza de la Palabra; son testigos y protagonistas de una Iglesia misionera.

Por otra parte, es tiempo de la proclamación de la Palabra, de la catequesis de la renovación del conocimiento de los fundamentos de nuestra fe, que lleva a la conversión y al testimonio de vida. La Iglesia del tiempo cuaresmal es una comunidad misionera que llama a la conversión a unos y a la renovación a otros.

Los gestos típicos del tiempo cuaresmal —oración, ayuno y caridad—, si se viven con una dimensión personal y comunitaria, visible, incluso en medio de nuestra sociedad, son testimonio elocuente de la primacía de Dios y de la urgencia de abrazar las exigencias de su Reino. Jesús mismo, fortalecido por la lucha y la tentación vencida, ungido interiormente por el Espíritu con la oración, sale del desierto para proclamar la Palabra de Dios y la venida del Reino.

Pablo ha vivido una preparación semejante en el desierto, después de su conversión y antes de afrontar con su predicación la solicitud de todas las Iglesias. En la tradición de la Iglesia de todos los tiempos muchos han buscado a Dios en la soledad y han sido probados y habilitados por Dios antes de emprender una gran misión eclesial. Todavía hoy las jornadas y las experiencias espirituales de retiro y de desierto, y por antonomasia y modelo el tiempo de Cuaresma en la Iglesia, en la perspectiva de Pascua, preparan para una misión y un testimonio más auténtico y creíble.

Del desierto de Cuaresma que ayuda a revivir con Cristo la prueba de la pasión y la belleza divina de la Resurrección, nace una Iglesia pascual y misionera, que Dios renueva en la ascesis y en la prueba para enviarla a dar testimonio de la Resurrección.

JESÚS CASTELLANO OCD

Roma